

TEXTOS Y GLOSAS

Significación humana de la técnica en Ortega ¹

1. Origen de la técnica

La técnica surge porque el hombre no coincide con su medio o circunstancia, es un ser excéntrico, y de este modo se retira del mundo, en cierta manera, e inventa la casa, el cultivo del campo, las armas o el automóvil (5,324). Así se hace que «haya lo que no hay» (5,324). Esas actividades son los actos técnicos y su resultado conjunto es la técnica o reforma de la naturaleza por el hombre. Éste crea, por este medio, una sobrenaturaleza o naturaleza humanizada. La técnica no es adaptación del sujeto al medio sino del medio al sujeto (5,326). Esa tarea es la contraria de la zoología o la razón animal. Por eso «Un hombre sin técnica, es decir, sin reacción contra el medio no es un hombre» (5,326).

El hombre tiene muchas necesidades, pero es sobre todo la de perdurar y vivir la clave de todas ellas. Toda necesidad humana abarca lo necesario y lo superfluo (5,327). Pero ante lo necesario el hombre tiene gran elasticidad, por eso: «El bienestar y no el estar es la necesidad fundamental para el hombre, la necesidad de las necesidades» (5,328). El bienestar y su necesidad es la piedra de toque para saber lo que es la técnica, ya que para el hombre «sólo es necesario lo objetivamente superfluo» (5,328), y la técnica «es la producción de lo superfluo» (5,329).

1. Para abreviar se citan las notas en el texto, y siempre se hace por la nueva edición: ORTEGA Y GASSET, J., *Obras completas*. Alianza, Madrid 1983. El primer número de la cita indica el volumen.

* Aunque no se citan se han tenido en cuenta los escritos de ROSZAK, Th., *Person and Planet*, New York 1979. HABERMAS, *Conocimiento e interés*, Madrid 1982. CLAVEL, M., *Qui es aliéne? Critique et métaphysique sociale de l'occident*. Paris 1970. BAUDRILLARD, J., *El espejo de la producción*. Barcelona 1980, y distintos escritos de Ricoeur, H. Levy, L. Mumford, Laborda, Bachelard, etc.

El animal es a-técnico porque no pretende vivir bien. De ahí la íntima relación entre la técnica, la humanidad y el bienestar. Este bienestar se entiende de muy distintas maneras de modo que su comprensión clarifica las diferentes civilizaciones, modos de vida y caminos de humanidad. Así para Jesús de Nazaret el bienestar y su técnica es la contemplación (5,330). Para Ortega, la facultad suprema para vivir no es tal o cual oficio o técnica, sino una sinopsis de eso y «muchas cosas más» (5,331).

2. *Técnica, progreso y proyecto vital*

Aunque la idea de progreso parece evidente, no siempre se progresa realmente, por el contrario, a veces se entra por el camino de la barbarie. Según Ortega, la fe en el progreso absoluto es una «fe loca» (5,331). A veces una parte de la técnica se derrumba de repente y produce una gran confusión social, pero, por lo general, la técnica disminuye el trabajo del hombre, crea nuevos inventos y modifica la circunstancia humana con un esfuerzo que lleva a tener que esforzarse menos a nivel brutal. Se disminuyen las horas de trabajos, negocios, y se aumenta el ocio, el tiempo de libre creatividad. Así el hombre se va haciendo el inventor y novelista de su vida (5,334-5).

El hombre se encuentra el mundo como conjunto de facilidades y dificultades. Esto define ontológicamente al mundo y al hombre (5,337). Éste debe luchar con el contorno como el naufrago, conquistar minuto a minuto su propia sobrevivencia, dado que no coincide con la Naturaleza plenamente. Además se ve obligado a desarrollar una táctica y un proyecto de vida que más que serlo ya, aspira a un proyecto vital propio que, en principio, no tiene.

El proyecto humano es muy diferente desde el comerciante hasta el poeta, y cada proyecto tiene sus propias facilidades y dificultades. Por eso los hombres sólo son iguales, fundamentalmente. No está en ellos todo previamente establecido, la vida es problema y quehacer, da mucho que hacer: «El hombre, quiera o no, tiene que hacerse a sí mismo, autofabricarse» (5,341). De este modo, al producirse, desarrolla un plan de seguridad en su choque con el medio para dominarlo y conseguir seguridad. Ésta es la necesidad de la técnica, no se puede actuar a la buena de Dios.

El hombre debe buscar, en el mundo, la máquina que le servirá a los citados efectos, esa máquina está en principio oculta, por eso son invenciones sus descubrimientos técnicos (5,341). La máquina nace cuando el hombre entiende el mundo mecánicamente y entonces ese mundo es «la máquina de las máquinas» (5,342).

El hombre es técnico porque es excéntrico, no centrado totalmente en el mundo como otros animales, está frenado de su ajuste total al mundo, de es-

tar atado de por vida a él, y la misión de la técnica es «dar franquía al hombre para poder vacar a ser sí mismo» (5,342).

Las técnicas son especificaciones de la autofabricación del hombre en un mundo al que casi es extraño. Y, «ese problema casi, de ingeniero, es la existencia humana» (5,343). La técnica realiza lo que debe conseguir el hombre a partir del programa vital que concreta el deseo original de la persona. Este proceso no es fácil ni carente de esfuerzo, por eso el «nuevo rico» que no es capaz de desear propiamente nada en su profundidad auténtica toma de prestado «los deseos predominantes de los demás» (5,334). Ha encargado a los otros que «deseen por él». Es el deseo a base de tópicos que como el pensamiento de tópicos es una ficción del hombre no su realización.

El proyecto radical en cada uno es «el hombre que deseamos ser». Cuando esto falta, el deseo está enfermo, no se sabe qué hacer. Tal es el problema del hombre actual; hay muchas técnicas concretas a mano pero falta «imaginación para inventar el argumento» de la propia vida (5,344). Nada extraño, pues, que recientemente se haya gritado: la imaginación al poder. Como dice Foucault todos nuestros modelos, orientales u occidentales, se han hundido. En nuestro mundo, Mayo del 68, era un intento, en gran parte fallido, de buscar algo distinto, más allá de la alienación de la técnica que había pretendido, y en parte conseguido, sustituir al hombre (H. Levi, M. Clavel).

En mayo del 68 los filósofos salen a la calle. Ortega por su parte se había preguntado si los especialistas del programa vital eran los filósofos, los políticos o los fundadores de religiones. Cualquiera que sea la respuesta, lo que está bien claro es que «el técnico los supone» y esto crea una diferencia que no se puede eliminar ni anular apresuradamente ni sustituir uno por otra con una recaída en la tecnocracia. Ortega se equivoca en que de hecho, la tecnocracia se ha dado como intento de sustitución. Ahora bien, desde el punto de vista estrictamente filosófico el papel del tecnócrata es irremediable, no se puede prescindir de él, pero también de claro segundo plano.

En efecto, toda técnica implica una serie de valores., No es lo mismo la técnica del budista que la del *gentleman*. Para poner dos casos extremos. Éste tiene que luchar y vencer, tener éxito en la vida, a aquél le basta con reducir la vida al mínimo y vivir en paz. El gentleman supone el *fair play*, vivir la vida deportivamente, y busca los medios de sentirse seguro sin el apremio ni el desasosiego del fin (5,352). Con sus derechos y deberes, con justicia y dominio del momento, el gentleman hace bien lo que hace y así es un gran técnico o político en la consciencia de que la vida es difícil pero con bastante holgura.

La técnica supone un ser más profundo que no aparece en lo funcional. El agua no se presenta como H₂O (5,356). La realidad no es solamente lo instrumental, ni las herramientas. Hay algo más que la técnica, y en especial algo

más que la técnica europea o americana. La técnica no es todo lo útil (Heidegger, Zubiri). La inteligencia es más que la inteligencia mecánica aunque también ésta es una parte del pensamiento. Y el invento técnico no vive solamente de sí o para sí mismo sino que tiene también una dimensión social como se prueba en la relación entre la invención de la pólvora y la guerra o la imprenta y la difusión de la cultura (5,359).

3. Historia de la técnica

En la historia de la técnica se distinguen, según Ortega, como tres momentos:

- La técnica del azar
- la técnica del artesano
- La técnica del técnico (5,360)

1. El hombre primitivo no es técnico todavía sino que está subordinado a una naturaleza azarosa, mágica. No es aún *homo faber* sino que todo lo encuentra como dado no como fabricado por él, si descubre algo es sólo por tanteo no por inducción o deducción racionalizada.

2. En cuanto al artesano no tiene la técnica como algo vital. Sólo algunas personas se dedican de por vida a esa tarea artesana. El hombre ya usa técnicas pero no es técnico como tal. La técnica aquí es algo extranatural, pues el que la practica pertenece más a la Naturaleza que al mundo de la técnica en cuanto tal. En esta época no hay propiamente inventos, se trabaja por tradición y por ella se transmiten las técnicas y las obras a realizar. El artesano es más obrero que técnico. La máquina es aún un suplemento del hombre.

3. En la tercera época es la técnica del técnico, el hombre no se atiene ya a los límites de la naturaleza sino que la supera, pues la máquina tiene ya un poder ilimitado y el hombre es un mero suplemento de la máquina (5,365). El hombre técnico es capaz de ser y hacer todo lo imaginable sin limitación. Le es imposible ya vivir sin técnica, la cual deviene una especie de sobrenaturaleza (5,368). En esta época el hombre está adscrito a la técnica y ésta obnubila su conciencia. El ser humano es ahora un mero auxiliar de la máquina. Lo propio del técnico es la labor de invención, tiene la técnica ya como carne propia, ya no es un artesano. La técnica lo invade todo y nacen los tecnócratas demagogos (5,374) que suplantán las técnicas no materiales. De ahí se origina la lucha entre la técnica oriental y la occidental.

La decepción se ha difundido en Occidente por los abusos de la técnica: cada vez se pregunta con más ansia si la máxima práctica no será la máxima teoría y viceversa. O mejor bien unidas. El hombre es precisamente el animal que prescinde de lo más inmediato para hacer y dedicarse a otras cosas. La

técnica que tenía la misión de liberar al hombre, le ha sujetado, frecuentemente, aún más. Por eso Ortega dijo en los coloquios de Darmstadt aquel famoso pensamiento: El buen Dios necesitaba a los balbucientes para que los demás animales de la creación no se le durmieran. Es decir, se necesita la filosofía para que la técnica no caiga en el sueño de la efectividad y la omnipotencia.

Lo que de hecho ha ocurrido es precisamente la suplantación del alma humana por la fascinación de la productividad ciega y ésta es hoy día la gran tragedia del Occidente (M. Clavel). El hombre ha sido sustituido por la máquina y la tecnología. Los productos de su trabajo se le han convertido en ídolos de adoración, consumo y alienación (Baudrillard). Esto ha llevado a una relación profunda entre industria y barbarismo. El hombre actual confunde el progreso con la prosperidad y ésta la reduce a placer (Morente-Ortega).

Ahora la técnica ha sustituido a la metafísica o mejor se ha convertido en metafísica. Vivimos de «nuestra fe en la ciencia» (5,81). La realidad es más que ciencia; si bien es necesario el pensamiento metafísico y la ciencia también. Pero hay algo más que hace imposible la reducción del hombre a su mero ser profesional (5,172). Eso no sería vivir. Lo ocioso y técnicamente inútil también cuenta en la vida humana ya que el hombre necesita liberarse de las cosas para encontrarse consigo mismo (5,301).

Es necesario dar cuenta de que nunca hay adecuación total entre ciencia y realidad (5,402). Lo más científicamente verdadero es a la vez creación y supone cierta creencia (5,394). El hombre se siente demasiado orgulloso de las ciencias (5,445). Pero las ciencias solas no bastan para desbarbarizar al hombre (5,449). Son necesarias las humanidades. De hecho, la ciencia moderna no va al ser mismo de las cosas. Le basta con salvar, los fenómenos, las apariencias (5,533). Por eso el filósofo habla de «otra cosa» y parece un extraño. El aprovechamiento técnico del conocimiento humano, con ser muy importante, no es todo (5,543).

La razón no es, solamente, la razón técnica o instrumental. La perfección de la técnica es la perfección de lo externo, y nada más razonable que dedicarle mucha atención. Pero eso no es todo (2,136). Hay también la intimidad, y el hombre interior. El problema del sentido y de la ética (2,278), sin la cual no hay ciudadanía ni vida propiamente personal. Por lo mismo las civilizaciones más teóricas son las más prácticas, las más cartesianas las más científicas, Marta y María (2,350). Los romanos decadentes, que tienen poca teoría, tienen también poca técnica y por eso el imperio se viene abajo (3,207).

La ciencia nos aprieta siempre hacia los problemas definitivos, cuando es verdadera ciencia, porque nos ha solucionado en gran parte los inmediatos. Así piensa Ortega en sus escritos «Sobre el santo», y los comentarios a la física de Eddington en la novena lección de *Unas lecciones de metafísica...* Hoy

lo normal es la omnipresencia de la ciencia y la ausencia de la filosofía y su suplantación por la ciencia (3,344); pero sólo con la ciencia no se contestan las últimas preguntas (3,345). El imperialismo de la ciencia es un imperialismo más (3,346 y 347); en el fondo un estado de excepción, para las dimensiones no alcanzadas por la ciencia, como dicen los nuevos filósofos Cl. Jambet y G. Lardreau en su escrito *Le monde*. Todo ello no debe hacernos olvidar la gloriosa fecundidad de la ciencia (3,349).

4. Técnica, práctica y teoría

Las advertencias anteriores no nos impiden recordar que la verdad debe ser, en definitiva, práctica, como vio muy bien Comte (4,96-98). Es necesario también no reducir la filosofía a pura teoría del conocimiento, y proclamar, por el contrario, su historicidad con todos los valores, incluidos los religiosos.

Se necesita también una metaciencia (4,101) como se ve en Einstein y otros científicos como H. Weyl (4,174). Igualmente es beneficiosa una crítica al superespecialismo para no caer en un barbarismo científico por una fe excesiva en el progreso inmediato y la tendencia a la acción directa (4,193-194) con peligro de pérdida de los principios rectores de la civilización. Sería un olvido terrible no recordar que la «víscera cordial» de la técnica es la «ciencia pura» (4,197). Tal es el verdadero origen de la auténtica experimentación y sólo la caída en el hombre-masa puede haber llevado a los técnicos-médicos, ingenieros y demás, a olvidarse de la ciencia como tal (4,199). Eso es aterrador. El hombre de ciencia se encierra cada vez más en su campo de concentración, reduce su «órbita de trabajo» (4,217) a compartimentos estancos—, sordos a instancias superiores, como ha hecho el hombre-masa.

El sabio necesita del filósofo. Einstein de Kant y de Mach (4,219). El hombre-masa por el contrario huye de la profundidad de lo real para caer en la frivolidad y el tópico permanente (4,255). De aquí la barbarie inesperada y la necesidad de que: «No seamos *paletos* de la ciencia» (4,322), por ignorancia del sentido general del mundo. Sin esta cultura, profunda y general, se produce la brutalidad del que sabe mucho de una cosa e ignora de raíz todas las demás» (4,325).

Tal es la fragmentación actual del hombre europeo. La universidad cumple muy mal así una de sus misiones importantes: la «educación de nuevos hombres de ciencias» (4,326) para que sean todo lo que deben ser. De esta falla surge la pedantería del cientificismo en la universidad (4,339) tan propia de los nuevos teóricos de la ciencia. La ciencia y la cultura deben complementarse. Aquella no debe diferir «ad kalendas graecas» los problemas vitales

(4,343). Solamente así es posible dejar de confundir la ciencia con su ideología.

Hay que humanizar al científico (4,347), con un talento integrador, nos dice Ortega. De lo contrario se producirá una esquizofrenia entre ciencias y letras (así ha sucedido). Sólo de esa manera se pueden formar buenos profesores y hacer de la universidad lo que su nombre significa: la universalidad de todos los conocimientos reconciliados entre sí. Crear buenos investigadores sin el «terrorismo de los laboratorios» donde se pierde el alma de la universidad y a la vez su cosmopolitismo intelectual (4,487). También así se pierde su función de guía de la sociedad al unir la teoría con la práctica según intentó ya Leonardo da Vinci (4,496).

Bueno es el positivismo de la ciencia pero sin vender su primogenitura por el plato de lentejas de la técnica (4,509). La ciencia debe unirse en autenticidad con la ética y el arte. Esos serán los verdaderos científicos y no los que ven sólo una parcela de la realidad (Zubiri). Tal es la superación de la barbarie del positivismo que ha assolado nuestro siglo como un *Deus ex machina* (8,311). El «hombre es técnico» (9,618) pero también es libertad, 622). No es sólo sistema mecánico y organización desalmada (9,678). Nuestro tiempo, que se ha convertido científicamente en una edad administrativa de todo, necesita recuperar también el sentido vital y espontáneo de la libertad frente al mero behaviorismo y el *management* (9,738). La vida no se puede reducir a una simple técnica de adaptación. Debe ser también creación permanente y original para no caer, como cierta política, o en el nacionalismo alocado o en el estatalismo inerte con amenaza permanente de la paz, la libertad y la responsabilidad (9,745). La racionalidad universitaria es una misión permanente ante la barbarie de la efectividad técnica.

5. Una cierta crítica

En primer lugar hay que decir que Ortega coincide con muchas apreciaciones que ahora vemos expuestas por la escuela de Frankfurt y la nueva filosofía.

Nuestra impresión es que Ortega describe bien el problema, pero, en cierto sentido, lo soluciona mal, por que no parece responder realmente a los problemas que tiene en concreto hoy día el hombre de ciencia. Alerta bien sobre la responsabilidad del técnico, pero no me parece que ofrezca salidas concretas a este problema, tal como el científico desea.

Además, aunque con frecuencia critica tanto el espíritu de sistema y abstracción como la excesiva organización y concreción, a su vez, parece que in-

siste, con exceso, alternativamente en el aspecto teórico, unas veces, y otras en el aspecto práctico del pensamiento.

En conjunto habría que decir que las soluciones son más difíciles de lo previsto en principio.

Pero parece que siguen con validez bastantes de sus advertencias. Así es bueno recordar que la ciencia no es solamente datos sino también fantasía creadora (7,515). Ortega insiste en que la ciencia está hoy en peligro, no tiene el apoyo social que antes tenía y se va perdiendo la fe en la ciencia, se ha perdido su magia (6,20). El culto a la ciencia desciende poco a poco porque «la razón física no puede decirnos nada claro sobre el hombre» (6,23), ni sobre los problemas definitivos, ni sobre el espíritu humano ni sobre la naturaleza de la naturaleza (6,27).

Por otra parte la idea de exactitud absoluta se resquebraja también entre los matemáticos como Brouwer y sus discípulos (6,30). Por otra parte el intelectual parece andar hoy sobre temas irreales (6,144). El intelectual próspero y científico ha sufrido un serio retroceso humano y de sensibilidad social (6,149-150). En las ciencias físicas todo se reduce al nivel de la pura utilidad, por eso, a estas ciencias se les ha perdido el respeto y el entusiasmo (6,49).

El hombre se ha vuelto como menos inteligente y como más sonambúlco (6,143). Le faltan ideas claras y distintas para la vida (6,144) y anda indefinido como el asno de Buridán. Se ha mitificado el experimentalismo y la experiencia se ha convertido en una dogmática (6,190). El especialismo ha aumentado la insensatez y el especialista es un ignorante de todo lo demás, lo que ha engendrado una «atroz incultura» (6,297).

Las ciencias tienden a invadir todo, pero la vida se les escapa (6,206); es como una enajenación y una locura (6,352). Ortega propone la búsqueda de claridad y vitalismo. Esto no quiere decir desprecio de la técnica, por el contrario, la vida nos refiere cada día a las cosas concretas y prácticas (6,359). Sería absurdo querer rechazar la tecnología. Basta con humanizarla. En este sentido Ortega no cae en el famoso odio a las máquinas: «Desde hace treinta años, todo el que quiere dárseles de muy espiritual habla contra el maquinismo contemporáneo. ¡Como si la máquina fuese algo extraña al hombre!

«El antimquinismo es pura fraseología y beatería. El hombre es el animal maquinista y no hay nada que hacer. Y está bien que sea eso que es. Lo que hace falta es que invente las nuevas máquinas que demandan los nuevos problemas y conflictos en que cae. Y ahora nos encontramos ante una nueva necesidad: las máquinas son tantas y tan complicadas que hace falta una máquina para manejar las demás. O, dicho en otros términos: es preciso suscitar una nueva sabiduría que nos enseñe a asimilar y practicar toda nuestra oceánica sabiduría. Esto —y no retroceder de la máquina al cocotero— es lo que

reclama la altitud de los tiempos. Después de todo, lo que dijo el mismo siglo XVIII del Regente francés: que tenía todos los talentos, salvo el talento de usar de ellos. «Hemos menester máquinas para las máquinas» (6,365).

Está claro que Ortega acepta la técnica sin reserva. Esto no impide corregir los problemas adicionales. No se puede volver ahora al mundo primitivo, eso es una simplificación infantil, origen a su vez de barbarización y una fábrica de ruinas. La máquina debe dejarnos más libres para otros menesteres, por eso el científico debe «estar claro» también sobre el resto de la vida y (6,352) para no infrahumanizarse. La técnica no debe impedir la amplitud de horizontes y anular unos principios éticos cuya debilitación o plena ausencia no pueden traer más que males para la humanidad, como se ha demostrado hasta el presente.

Todo ello debe impedir a la filosofía bizquear hacia la ciencia (Laborda, J.A.P., *Cuadernos salmantinos de filosofía*, X, 1983, 98,2), o convertir el positivismo en puro aldeanismo (ib. 96). Los hechos nos plantean el problema de la realidad pero no nos la dan (ib. 100). La fe en la ciencia es ya inerte, pero no la ciencia, sino el terrorismo de los laboratorios. Laborda dice que tiene algo de extrañío que Ortega grite que «el hombre necesita de una nueva revelación» (6,45,46), pero si conocemos los diversos niveles que a la vida atribuye Ortega y a la vista del vol. III de Zubiri nos daremos cuenta que el nivel físico como orientador de la vida humana está agotado y por eso aparece de repente la palabra divinidad cuando hay que llegar a lo profundo de la realidad y de la vida. En efecto: «La vida es el texto eterno, la retama ardiendo al borde del camino donde Dios da sus voces» (I,357 — citado por Flórez R., *El Hegel de Ortega*. Actas del III Seminario de Historia de la Filosofía Española, Salamanca 1983,253). En definitiva: «La ciencia tiene una misión espléndida: hacer cómoda la vida de los hombres, adaptar el mundo al delirio que es el hombre. Pero la misión de la ciencia no es ser nuestra intérprete ante la auténtica realidad» (IX, 770).

Domingo NATAL